

## **Pedro De Angelis-Esteban Echeverría: una polémica diez años después del Salón Literario de 1837**

### **Acerca del personaje enigmático**

En el camino recorrido desde las lecturas (casi todas europeas) a las primeras escrituras nacionales, se presentan ya los posicionamientos antagónicos que adoptarán los intelectuales rioplatenses frente al poder político: colaboración, resistencia, enfrentamiento.

En las actas fundacionales del pensamiento político argentino, léase discursos del Salón Literario, obras de la Generación del 37 y los proscriptos, se recorta omnipresente la figura de Don Pedro de Angelis.

De allí la preocupación por saber quién y cómo era realmente este señor al que los jóvenes de Mayo buscaron atraer hacia el Salón para contar con su aprobación, y que luego despreciaron hasta el insulto cuando no solo dejaron de contar con ella, sino que se les volvió el más acérrimo enemigo.

Cualquier noticia biográfica sobre Pedro de Angelis, nacido en Nápoles, Italia, en 1784, lo destaca como una de las figuras principales de la ciencia histórica argentina, quizás la primera, pero a la vez la más discutida y polémica.

En su infancia y adolescencia, De Angelis había vivido buena parte de los acontecimientos importantes del siglo. Por ejemplo, la huida de los borbones napolitanos y la desaparición del Reino de Nápoles frente al avance de Napoleón, el resurgimiento de aquél bajo el reinado del hermano mayor del Emperador, José Bonaparte, y luego de su cuñado, el mariscal Joaquín Murat. En Europa De Angelis llegó a ser capitán de artillería de los ejércitos napoleónicos, aunque pronto parece haberse sentido convocado por otras requisitorias, de orden intelectual, como la historia, la filosofía y el aprendizaje de lenguas extranjeras, que a su vez lo condujeron a la docencia: así ocupó una cátedra en el Colegio Militar, lo cual le valió el nombramiento de maestro particular de los hijos del rey Joaquín Napoleón I. Poco tiempo después era designado miembro de la Academia de Nápoles y más tarde secretario de la Legación de San Petersburgo (luego Leningrado) donde se casó con una institutriz de origen suizo, Melanie Dayet. Allí asistió a la caída del Imperio napoleónico, hecho que rápidamente lo dejó sin trabajo y lo obligó a buscar nuevos horizontes; así es como se traslada a París, el gran centro intelectual de esa época, luego de haber peregrinado por oscuras ciudades europeas. Con 40 años, en 1825, De Angelis se convierte en uno de los referentes codiciados por Rivadavia, quien como estadista pretendía crear en las Provincias Unidas del Río de la Plata un foco de cultura y progreso. Y así es como, con un contrato para crear y dirigir dos periódicos, De Angelis emprendió viaje rumbo al continente americano.

Su llegada a Buenos Aires constituye el inicio de los treinta años de producción intelectual de De Angelis en el Plata, a lo largo de los cuales van variando tanto las tareas que emprendió como el tipo y semblanza de los interlocutores, en su mayoría patrocinantes de aquellas. Un doble cariz distingue la trayectoria fecunda de este personaje rayano con la leyenda: si bien por un lado, el carácter de los letrados que lo frecuentaban varía según la índole de las múltiples iniciativas, por otro lado se puede

ver al mismo De Angelis mutando su perfil profesional e ideológico para moldearlo al compás de los sucesivos compromisos políticos que contrae.

A tal punto llega la discontinuidad de su biografía intelectual, que la tan vasta y productiva obra de De Angelis suele parecerse a un inventario de realizaciones sin otro eje que la sucesión cronológica de las mismas.

Sin embargo, en cada caso correspondieron a un marco histórico ideológico específico, referido a grupos de poder identificables, y al mismo tiempo a la necesidad de difundir saberes que sirvieran para la legitimación del régimen imperante.

Según la tesis desarrollada por el filósofo José Sazbon, en un artículo de 1995 titulado "*De Angelis y los literatos argentinos*", su "caso" constituye un ejemplo casi paradigmático para representar las lógicas específicas identificadas por Pierre Bourdieu como el campo intelectual y el campo de poder. Pues este "escritor múltiple, que combina en su *oeuvre* la exhumación de documentos y la producción panfletaria, iniciativas ocasionales y empresas perdurables, trabajos didácticos y tesis fundacionales, labor periodística y reflexión filosófica, descripciones geográficas y traducciones del latín, biografías y jurisprudencia, memorias históricas y diatribas *ad hominem*, americanismo y clasicismo, este escritor es, en su persona, el mediador por excelencia de las dos esferas".

En cada episodio de su larga marcha hacia el reconocimiento y la consideración del público cultivado, De Angelis debió congeniar con interlocutores que mutaban con la misma fluidez con que lo hacían los equipos gubernamentales o los propios espacios a los que pertenecían. Aunque no abundan los testimonios directos sobre las situaciones y comportamientos de aquel con los otros en sus relaciones mutuas, hay algunos, indirectos, que resultan verosímiles, sin que desaparezca el margen de incertidumbre que subsiste sobre los límites precisos de los sucesivos entornos. Los biógrafos aportan pocos datos relevantes y tienden más a acentuar en él un perfil de autosuficiencia y una imagen pionera en las semidesiertas comarcas culturales en las que se aventuró. Esto dificulta la posibilidad de sacar conclusiones fidedignas sobre sus contactos en la primera etapa.

Volviendo a 1826, su año de llegada a Buenos Aires, se le confió la dirección de la Imprenta del Estado y casi de manera inmediata solicitó y obtuvo la ciudadanía argentina. En 1827 creó el periódico "*Crónica política y literaria de Buenos Aires*", para servir a los intereses del oficialismo gobernante, y "*El Conciliador*", que apenas apareció una sola vez. Pero pronto se produjo la salida de su protector Rivadavia para emprender un largo y virtualmente definitivo exilio, de modo que a fines de 1827, y De Angelis se encontraba nuevamente, como antes en Europa, sin empleo. Mandaba ahora el Coronel Dorrego, quien había sido blanco de una feroz crítica en el primero de los periódicos nombrados, y por lo tanto se le clausuraban los caminos oficiales. Se dedicó a dictar clases y fundó un ateneo que convocó a una nutrida población joven. El desplazamiento de Dorrego y su posterior fusilamiento a manos de Lavalle lo conmovieron bastante, teniendo en cuenta que se trataba de alguien que creía haber dejado atrás los tristes recuerdos de la guerra. Previamente, y aún cuando sus relaciones políticas se deterioraban cada vez más debido al ascenso de Rosas, quien no tenía simpatía alguna por el historiador, De Angelis había hecho otro ensayo periodístico: *El Lucero*, nacido en septiembre de 1829, y que fue el primer diario porteño que incluyó

partes meteorológicos, movimientos de naves en el puerto, cambios de moneda y entradas diarias de ganado en la ciudad. Realizaba también críticas literarias (por ejemplo de *El Regreso* y de *Elvira, la novia del Plata*, pertenecientes a un poeta desconocido por entonces: Esteban Echeverría) y crónicas de la campaña de Rosas en el desierto, durante el tiempo en que la figura del futuro “restaurador” iba adquiriendo mayor peso.

Además De Angelis estaba produciendo un archivo personal de documentos sobre los años fundantes de la Argentina y la acumulación de otros antecedentes sobre materias lindantes con la historia, como la geografía, la etnografía y las lenguas de los pueblos originarios. A esta altura, su conocimiento del pasado rioplatense y su archivo eran de un valor incalculable, tanto que podrían haber competido con el entonces flamante Archivo General de la Nación, nacido como Archivo General de la Provincia de Buenos Aires en agosto de 1821 durante el gobierno de Martín Rodríguez, por iniciativa de su ministro B. Rivadavia, quien luego lo centralizó durante su mandato.

En 1830 De Angelis estaba fatigado por los acontecimientos y comenzó a pensar en volver a Europa. En una carta dirigida a un amigo suyo de París, le anticipó que estaba resuelto a dejar la Argentina una vez que concluyera el libro que estaba escribiendo sobre la historia del país, “*que es lo que me retiene hasta este momento*” porque “*mis actividades han sufrido considerablemente en medio de la anarquía sin fin de este desgraciado país. Tengo pensado salir de aquí dentro de un año y medio, a más tardar. Lo que me obliga a quedarme es el deseo de terminar una gran obra que he comenzado a publicar sobre la historia de este país. Se trata de una empresa considerable, porque es la colección de todos los escritos inéditos (porque todo es inédito) sobre esta parte del nuevo mundo, acompañada de notas y disertaciones.*”

Mientras tanto, y paralelamente a la obra a que hace referencia en la carta de 1830, De Angelis publica también varias biografías, inaugurando el género en estas tierras: el *Ensayo histórico sobre la vida del Exmo. Dr. D. Juan Manuel de Rosas*, que reeditaré en 1842, las *Noticias biográficas del Exmo. Sr. Gobernador y Capitán General de la Provincia de Santa Fe, Brigadier D. Estanislao López*, la *Biografía del Sr. General Arenales* y la del eminente científico Aimé Bonpland. Las dos primeras obras le valieron un profundo desprecio, no sólo de muchos de sus contemporáneos (en particular de todos los exiliados en Montevideo durante el rosismo), sino también de muchos historiadores posteriores, y aún hoy suelen generar un fuerte rechazo.

Aliado ya con Rosas, su relación con el gobierno se vuelve muy estrecha, al punto que fue contratado para divulgar el proyecto de la Restauración a través del “*Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*”, que circularía en Europa editado en tres idiomas. La intención era difundir la política del gobernador, en momentos en que la Confederación sufría la agresión extranjera; hacer comprensible el rosismo, presentando su causa como fundada en la experiencia del hombre- y sobre todo del hombre de las pampas-, en su ingobernabilidad, a partir de la dicotomía “Rosas o el caos”, justificando así al régimen como garantía del orden social frente al utopismo disgregador de sus adversarios. Apoyándose en el criterio de que “los enemigos de mis amigos son mis enemigos” De Angelis no tardó en atacar a los enemigos de Rosas, entre los cuales se hallaban los más reconocidos intelectuales nativos. Por ejemplo llegó a describir a Sarmiento como “personaje singular que debe a la persecución de Rosas la importancia de la que se jacta y que le ha valido ocupar un lugar eminente en la administración. Lo

han hecho director de instrucción pública, y ni sabe lo que no debe ignorar un maestro de primeras letras”. Cuando la mayoría de éstos se encontraba en el exilio, le dispararían sus dardos más feroces a los que él les respondería polemizando en duros términos desde las páginas de esta publicación.

Recién en 1836 pudo poner manos a la obra que había proyectado, gracias al apoyo de Rosas: la *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata*, compuesta de documentos de primera mano y óptima calidad que testimoniaban la epopeya civilizadora española y los primeros tiempos de la nación argentina. El editor la distribuía en cuadernos con tapas de color blanco, violeta o azul, para mandar a encuadernar; por separado iban los discursos, proemios o advertencias con que aquél presentaba sus trabajos, así como el grabado con el retrato de Rosas, a quien estaba dedicada la obra como al “genio tutelar”, para que fuera colocado al frente de la portada o a la vuelta y el propio retrato del autor, litografiado en cartulina blanca, con el epígrafe “Le Cher. De Angelis.

Rosas auspició la colección, que contó con el apoyo de unas quinientas suscripciones, número muy elevado en aquella época. Es interesante destacar que no sólo hubo abonados en Buenos Aires —unos trescientos— sino también en Córdoba y en Montevideo.

La nómina de suscritores la iniciaba por supuesto Rosas, seguido por el obispo, ministros, miembros de la Sala de Representantes, integrantes de Tribunal de Justicia, catedráticos de la Universidad, militares, clérigos y comerciantes.

Entre los hombres de letras figuraban Vicente López, Saturnino Segurola, el poeta Manuel Belgrano, el profesor de filosofía Diego Alcorta, Juan María Gutiérrez, uno de los integrantes de la Asociación de Mayo, etc. También varias señoras, como María del Rosario Azcuénaga, Mariquita Sánchez de Mendeville, Bárbara Barquin de Cerviño y María Guerra de Elía.

Un grupo de extranjeros, radicados en Buenos Aires, aparece en la nómina de suscritores: Thomas George Love —director del periódico "The British Packet"—, Mac Farlan, Hawatt, Bunge, y otros.

Entre los que recibían la publicación en Montevideo se encontraban los hombres de letras Florencio Varela e Hilario Ascasubi.

Además del erudito napolitano, otros intelectuales que permanecieron en Buenos Aires en este período fueron el bibliófilo e historiador Saturnino Segurola, el matemático español Felipe Senillosa y el científico Francisco Javier Muñiz. La publicación se inició con los quinientos suscriptores que la costeaban y alcanzó a reunir seis tomos completos, el séptimo y último permaneció ignorado hasta que lo descubriera y publicara el Dr. Teodoro Becú en 1946. En todos los folletos se traslucía la labor artesanal de De Angelis, la mayoría iban acompañados por planos, derroteros o mapas, que ilustraban los temas más heterogéneos, que descartaban el orden cronológico pero conservaban la unidad de tratar cuestiones argentinas.

El bloqueo de la escuadra francesa en 1838, produjo la escasez de papel necesario para la edición, que en gran parte fue vendida por peso como papel para envolver. El esfuerzo económico e intelectual recién fue reconocido por Ricardo Rojas, que lo juzgó lo mejor que se hubiera publicado durante el gobierno de Rosas.

Ya acercándonos a 1837 se editaron además los tres tomos de la *Recopilación de leyes y decretos promulgados en Bs.As. desde mayo de 1810 a 1835* de la cual también se hizo cargo Pedro de Angelis.

En materia de periodismo, el órgano oficial de la Restauración fue "*La Gaceta Mercantil*" (1823-1852), impreso que se publicó durante largos años y en consecuencia considerado —por Galván Moreno— "un formidable archivo de la historia nacional". Y en sus páginas colaboraron —entre otros— De Angelis, Nicolás Mariño, Rivera Indarte y Manuel de Irigoyen. A pesar del control ejercido sobre las publicaciones, el número de imprentas en la ciudad fue en aumento y en el año 1841 se importó de los Estados Unidos la primera máquina impresora accionada a vapor para el taller de "Hallet y Cia." Dos antologías literarias se editaron en el transcurso del gobierno de Rosas: en 1837 apareció *El cancionero argentino*, que reprodujo trabajos de Echeverría, Alberdi y Florencio Varela, y posteriormente el *Mosaico Literario* (1848) en que colaboraron algunos jóvenes con inspiraciones poéticas.

## La polémica

Veinte años habían transcurrido desde que De Angelis arribara a Buenos Aires para ponerse al servicio de un gobierno que inauguraría la trayectoria del partido Unitario; diez años de que los Jóvenes de Mayo encabezados por Esteban Echeverría-también llegado de Europa hacía poco tiempo- pusieran las bases de nuestra literatura con el Salón Literario en la Librería Argentina de Marcos Sastre; y mostraran desde allí que a sus estrategias tampoco les faltaban dotes de ubicuidad. Atraer al sabio extranjero aureolado por el prestigio de sus ilustres amigos europeos: Michelet, Destutt de Tracy, V. Cousin, era un objetivo nada desdeñable si querían imponer el *espíritu renovador*, para adueñarse del campo de la cultura en el Plata. Estrategia de acercamiento de la que dan cuenta los discursos inaugurales del Salón y otros testimonios periodísticos o personales durante un corto lapso. El alejamiento del célebre invitado no tardó en concretarse, con las esperadas críticas ilustradas hacia los jóvenes románticos. A partir de entonces, el escollo De Angelis se repite hasta convertirse en el opositor elegido por la Generación del 37 para construir su propio campo de batalla.

Las disputas con Echeverría, por ejemplo, le sirvieron a este último para publicitar sus ideas filosóficas más generales, excediendo el marco de la polémica. En la contestación mediante dos cartas al editor del Archivo Americano, y difusor oficial de las políticas culturales de la Restauración, Echeverría resume gran parte de su teoría política

La publicación del Dogma Socialista de Echeverría en Montevideo en 1846 dio lugar poco tiempo después (1847), a una crítica del napolitano que, sirviéndose una vez más del Archivo, tituló maliciosamente "*Juicio de este libelo*". La respuesta del autor ofendido no se hizo esperar: tanto es así que la doctrina desarrollada en la obra que conocemos como *Dogma Socialista*, experimenta una cuarta ampliación en 1847, diez años después del Salón Literario con las *Cartas a don Pedro de Angelis, editor del Archivo Americano*, en las cuales rebate la crítica panfletaria que aquel le había propinado tratando de libelo al *Dogma* y de joven arrogante a su autor. En su curso Echeverría consigna nuevos antecedentes del movimiento y asociación cuya jefatura ejerce y los justifica concluyentemente. El trabajo es un modelo de literatura polémica, por el vigor y la terrible eficacia de sus argumentos, que le permitieron adjudicarse una victoria en ese terreno.

Sobre ellas, el otro ideólogo de la Generación del 37. Juan Bautista Alberdi, dice en otra misiva dirigida al enemigo común, publicada en *El Comercio de Valparaíso* en 1848: “Sólo es de felicitarse de que el Sr. Echeverría haya escrito estas cartas por el servicio de las letras que reciben, y por el placer que todo lector de gusto experimenta cada vez que la pluma elegante de aquel escritor se pone en juego pues, por lo demás, era excusado que se tomase la pensión de contestar al compilador oficial de la dictadura de Buenos Aires. Entre el Sr. Angelis y el Sr. Echeverría hay una diferencia que no se alcanza a medir, ya se comparen como escritores, ya como hombres, ya como caracteres” (pg.352). Porque en su opinión, “El Sr. Angelis, que se distingue en Buenos Aires por la habilidad con que explota su imprenta, habiéndose hecho por vía de especulación, compilador, editor de documentos, periodista de un país que no es el suyo, y al que por lo tanto no puede amar como un argentino; el Sr. Angelis, emigrado liberal de Italia en su juventud y sostenedor de la tiranía en América durante su vejez, no es el hombre para sostener una lucha digna con un escritor lleno de noble desprendimiento, de generosa abnegación por el país de su cuna y dotado de facultades mentales que ha nacido solo para envidiar, el modestísimo y humilde autor del titulado *Archivo Americano*....(pg. 253)

## Las Cartas

En la primera *Carta* Echeverría nos regala un retrato satírico con el que caricaturiza la ya emblemática fealdad de la “carota abigarrada” de su adversario, del que a su vez se sirve para teatralizar una biografía sesgada por el afán de desenmascarar al extranjero engañador que embaucara desde su llegada a toda la sociedad porteña con sus antecedentes ilustrados; y por el ánimo de perseguir paso a paso a su contendiente a través del sinuoso camino de manipulaciones y acomodaciones que lo vinculaban al poder político de turno, ya fueran unitarios o federales los que lo detentaban, porque “los partidos y las facciones siempre han dado títulos de capacidad entre nosotros” , aunque “no faltó quien se riera a carcajadas de su charlatanismo fatuo y de sus pretensiones literarias” (pg. 191). Camino seguido hasta dar con Rosas, que no aceptaría “otra reputación que el bautismo de sangre de la federación” (pg. 197) y estar al servicio de su persona. Por eso Echeverría le adjudica en ese momento a De Angelis la representación de la prensa mazorquera y erigirse en heroico fundador del Sistema Americano, por cuenta de su amo y señor que “a los que no están con él y tiene a la mano, los degüella” pero “a los que se han puesto fuera de cuchillo (categoría de exiliado proscrito a la que pertenece) los calumnia y los difama por boca de sus lacayos” y por si fuera poco, agrega “no se puede negar que Ud., desempeña perfectamente el oficio”, aunque en este caso “fuera de algunas citas trucas de mi obra y de infinitas mentiras, es una broma grosera, tonta y declamatoria”.

No obstante, lo reconoce cofrade en la pluma, con la que responderá en el mismo estilo de broma que ha empleado su contrincante, “chanza por chanza” porque “la cuestión personal que Ud., promueve contra mí y mis amigos políticos, envuelve una cuestión de patria: Ud., defiende a Rosas y su sistema, nosotros lo atacamos y abogamos por el progreso y la democracia”.

De modo que la monumental *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata*, compuesta de documentos de primera mano y óptima calidad que testimoniaban la epopeya civilizadora española y los primeros tiempos de la nación argentina, los deja reducidos a “curiosidades que había ido reuniendo en su imprenta con la paciencia y la diligencia de una vizcacha” y los discursos, proemios o advertencias con que el autor presentaba sus trabajos

acompañados por planos, derroteros o mapas para ilustrar los temas más heterogéneos, a puro “fárrago en infolios” que le hicieran perder suscriptores al segundo tomo, porque carecía de “criterio histórico para apreciar el valor de los documentos que publicó”(pg.199). Aprovecha para recriminarle la dedicatoria al Restaurador (al que había llamado genio tutelar) gracias a quien había logrado que saliera hasta el sexto tomo (se publicaba en fascículos coleccionables) y no haber tenido el tino y la humildad de esperar a que alguno de los “jóvenes ignorantes” volviera de la proscripción para examinarlos y clasificarlos “a la luz de la alta filosofía crítica” que los documentos merecían.

Siempre haciendo uso del recurso a la ironía colocándose en la tribuna del “club de revoltosos compuesto por unos cuantos estudiantes de derecho, inquietos, presumidos, holgazanes y muy aficionados a la literatura romántica”, le reprocha haberse hecho cargo de la crítica retrógrada encarada por España para juzgar la palabra *Romántico*, a la que opone una encendida defensa de la corriente, que había sido aceptada en Alemania y Francia aún por los clásicos, como bandera de emancipación y “símbolo de una completa transformación de literatura y el arte” (pg. 202).

Había dicho también De Angelis: “Algunos de estos salvajes unitarios, aspirando ridículamente a un lugar eminente en literatura, exhalan su rabia en folletos, disfrazados en escritores sentimentales y filósofos, pero con las mismas tendencias a favor de la dominación extranjera, y aplaudiendo el celo que despliegan no los que defienden la independencia del país, sino los Varelas, los Wright, los Domínguez, los Mármol, y otros hombres prostituidos u obcecados que se esfuerzan por persuadir a los pueblos que están en sus intereses el prosternarse ante la voluntad inexorable de los plenipotenciarios y almirantes anglofranceses. En esto siguen las huellas de su prototipo Rivera Indarte, ladrón sacrílego, calumniador impudente, y que sobrepujó en cinismo a los hombres más inmorales. Basta decir que fue el autor de las *Tablas de sangre* y de otra producción a la que tituló ¡*Es obra santa matar a Rosas!*” (pg 349: EEcheverría. Ideólogo de la 2ª Revolución)

Y en cuanto al “paroxismo revolucionario” de los que habían concebido la “extravagante idea” de convertir a los argentinos en una sociedad de sansimonianos, sometida a los “delirios de Fourier y Considerant”, le contesta con la misma atribución de ignorancia sobre términos aprendidos de memoria y “cuyo sentido no comprende, para accionar contra las ideas nuevas y de progreso”.

Concluye que no es suficiente con sentar en la picota del lenguaje al enemigo y sus producciones sino que están además “persuadidos que el raciocinio y la urbanidad no son armas útiles para lidiar con hombres que se han puesto fuera de las leyes de la moral, de la justicia y de la civilización...” Aunque anuncia sin embargo una segunda *Carta* para hacerle entender que en el año 37, “cuando trazábamos el programa de la regeneración política de la Nación Argentina, sabíamos mejor que Ud., lo que hacíamos y por qué lo hacíamos” (pg.213).

Precisamente es la Segunda Carta donde Echeverría, abjurando del tono irónico predominante en la anterior, se planta para reafirmar doctrinariamente su Dogma Socialista, anticipando el esquema civilización-barbarie, para defender a los estados civilizados, frente al “cacareo de independencia nacional” con que cataloga cada uno de los resortes empleados por la dictadura para “alucinar a la multitud”. Y revitaliza la retórica cuando reemplaza la oposición desequilibrada entre fuertes y débiles por la de *fuerza bruta contra fuerza inteligente*. Vuelve a revisar la historia argentina paso a paso desde la Revolución de Mayo, las constituciones y estatutos que la sucedieron, más los hechos violentos que desencadenaron, situando a los partidos en el lugar de las

facciones; coloca a su generación nuevamente en la equidistancia que solamente la inteligencia y la prudencia pueden lograr. Vuelve a acusar a los unitarios de centralistas y a los federales de provincialistas y caudillistas, mientras rescata la nostalgia por los cabildos, modelos a futuro de localismo y autonomía municipal.

Enumera los principios liberales del que sí fuera un partido al comienzo, el unitario: *libertad, progreso, civilización*, aunque le recrimina su orgullo aristocrático y su pretensión de infalibilidad. Y entre los errores que lo han llevado al fracaso, haber “dado sufragio y lanza al proletariado poniendo los destinos del país a merced de la muchedumbre”, “la legalidad no es arma para batir a esa gente en países como los nuestros” (pg. 241). Vuelve a atribuir los males a la carencia de base fija de criterio y vacilar entre “todos los sistemas y todas las teorías sociales”. Porque “el error no es buscar lo ideal sino no tomar el camino recto para encontrarlo”, así los gobiernos que sofocan “todas las nobles y grandes aspiraciones, animalizan al hombre”, las tendencias egoístas y materiales embrutece a la sociedad dejando en cierto modo “paralizados su movimiento de progreso y de aspiración a la perfectibilidad” (pg.244). Se permite una autocrítica feroz y despiadada del que fuera el partido unitario, el de la Razón, de la Inteligencia, achacando a la “familia de los constituyentes a priori” los males de no renunciar al poder para aniquilar por la fuerza a las facciones. Reconoce que hubo “aberraciones inconcebibles en el espíritu de los primeros partidos políticos” pero reivindica a los “mártires sublimes de la patria” a quienes dedicara su *Ojeada Retrospectiva*, tratados por De Angelis de asesinos y verdugos, y por supuesto “salvajes unitarios”; porque un partido político triunfa o acepta el martirio y eso fue lo que le ocurrió al partido unitario: abandonó las armas antes de concluir el combate, apeló a otras armas, las de la prensa para atacar a sus enemigos, después al motín y así se convirtió en facción, mientras los federales fueron en todo momento una facción desorganizadora a la que siempre se adhirieron los hombres más nulos y retrógrados de mi país” (pg. 250).

Por eso ellos, los Jóvenes que no venden su pluma ni a las facciones ni a los tiranos, son llamados a reconstruir el país, buscando la manifestación histórica de la *ley del progreso humanitario*, “columbrada por Leibniz y formulada por Vico, demostrada por Herder, Turgot y Condorcet,... descubierta no ha mucho por Leroux”, ya que “todas las sociedades están llamadas a desarrollarse y perfeccionarse en el tiempo”. Porque no hay “constitución para los pueblos sino pueblo para las constituciones. Y la única soberanía del pueblo se hace posible en democracia. Y la única institución adecuada para difundirla en el territorio argentino dada su extensión, es la municipal. Pero el localismo, como el centralismo, se han equivocado; no hay vínculo de sociabilidad nacional legado por la colonia, tampoco por la Revolución. Solamente nos quedan el individualismo y el localismo que se convirtieron en principios disolventes y desorganizadores. Y él, sin declarar que sea malo uno u otro sistema, se proclama incrédulo de la teorización en política que no tenga en cuenta el pasado histórico y sus resultados para encarar el porvenir. El presente es el que manda la democracia en todas sus aplicaciones tanto individuales como sociales. Esa es la luz de *criterio socialista* que manifiesta profesar desde el año 37 y que no puede percibir la “inteligencia miope” de alguien que como su adversario no comprende doctrina alguna fuera de la dictadura. Llega a admitir los hechos consumados, la existencia del espíritu de localidad, la asociación municipal en cada distrito y en toda la provincia como pequeñas patrias que adquieren costumbres cívicas y sociales bajo el ojo vigilante de patriotas ilustrados. Por eso convoca a una convención ad-hoc, que establezca los rudimentos de la doctrina social científica argentina: “me quedará al menos la satisfacción de haber sido entre nosotros el primero en hacer tentativa semejante y provocar investigaciones serias sobre

este punto capital de filosofía política” “porque no soy unitario ni federal”(pg. 265). Pero está seguro de que ellos irán adoptando los principios del socialismo poco a poco. Como está también seguro de que se quedará fuera, porque siempre lo ha estado, el destinatario de la Carta, a quien al final califica de “parodista cínico de Voltaire y de Bentham” (pg.266). El que nunca ha consagrado su inteligencia ni su pluma al servicio de doctrina progresiva alguna, sino a preconizar a promotores de *máquinas sociales* como Rosas, sólo ve “la sociedad como una máquina de resortes materiales que hay que hacer andar de cualquier modo”

Retomando al final de la carta el estilo irónico, le marca los antilogismos en que incurre para atacar la libertad de cultos proclamada en el Dogma y se despidió recordándole que sigue pareciéndole un trasunto del gran Nazir de la corte del Sultán, con quien lo comparara al principio.

### **Después de Caseros**

Con la caída de Rosas, no hubo lugar en el país para el historiador Pedro De Angelis, que marchó a Río de Janeiro donde fue recibido con los mayores honores. En Río de Janeiro alcanzó un gran reconocimiento y fue nombrado miembro del Instituto Histórico Geográfico de esa ciudad. También sería incorporado a la Royal Geographic Society de Londres, a la Societé Geographique de París, a la Societé Royale des Antiquaires du Nord de Copenhague, al Reale Instituto d'Incoraggimientto delle Scienze Naturali de Nápoles y a la American Philosophical Society de Filadelfia. No obstante el lugar que alcanza a ocupar en Brasil, De Angelis estaba resuelto a retornar a la Argentina y así sucedió en 1855, cuando todavía sus enemigos lo recordaban como un ex colaborador de Rosas. El desprecio del que seguramente fue objeto no le restó energías para continuar trabajando en todos aquellos asuntos que estuvieran vinculados no sólo con el pasado sino también con el presente del país. Así publicó la "*Memoria sobre el estado de la Hacienda Pública*", el "*Proyecto de organización para la instrucción pública de la Provincia de Buenos Aires*", la "*Recopilación de las leyes y decretos promulgados en Buenos Aires desde el 25 de mayo de 1810 hasta el fin de diciembre de 1835*", el "*Reglamento para el ejercicio y maniobras de los regimientos de infantería*", una "*Bibliografía General del Río de la Plata*", que no se alcanzó a editar y cuyos manuscritos se conservan en el Archivo General de la Nación, y finalmente un "*Libro de lectura elemental e instructiva para jóvenes estudiantes*". Pero allí no se agota su aporte que todavía continúa echando luz sobre el origen de nuestro país. Muchas veces las críticas que llovieron sobre él estuvieron fundadas en el hecho de haber servido a los gobiernos de turno sin cuestionarse las contradicciones en las que por ello incurría. Con Rivadavia ejerció el periodismo para cuestionar las ideas federales aunque después ocuparía el mismo lugar durante el gobierno de Rosas para justificar las ideas de la Restauración. Sin embargo ello no le resta mérito a su obra. La "*Memoria histórica sobre los derechos de soberanía y dominio de la Confederación Argentina a la parte austral del continente americano, comprendida entre las costas del Océano Atlántico y la gran Cordillera de los Andes, desde la boca del Río de la Plata hasta el Cabo de Hornos, inclusa la Isla de los Estados, la Tierra del Fuego y el estrecho de Magallanes en toda su extensión*" que De Angelis publicó cuando Rosas ya no ejercía el poder y que Sarmiento, en su libro "*Campaña en el Ejército Grande*", calificó como una diatriba contra Chile, fue considerada por Vélez Sarsfield "como una obra acabada, pues los documentos que su autor había reunido demuestran hasta la evidencia los indudables derechos de la República a todas las tierras que se extienden hasta el Cabo de Hornos". Este aporte de Pedro de Angelis, en los tiempos de construcción de nuestra soberanía

sobre la región patagónica, es un título más que suficiente para reconocer el valor de su trabajo.

Durante su vejez, y aún renegado por la mayoría de la intelectualidad nacional, ocupó un lugar en el Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata, a pedido de su creador, Bartolomé Mitre. Esta fue la última aparición pública de Pedro de Angelis, patriarca de los historiadores argentinos, que falleció el 10 de febrero de 1859. Como recuerdo, vale tener en cuenta las palabras acerca de la colección de Documentos que refirió Sarmiento, a quien De Angelis había denostado: "*Es el monumento nacional más glorioso que pueda honrar a un Estado americano, y a De Angelis, que emprendió la publicación, le debe la República lo bastante como para perdonarle sus flaquezas.*"

#### Bibliografía Básica

Echeverría Esteban, *Dogma Socialista y otras páginas políticas*, Ediciones Estrada, Buenos Aires, 1958

Sazbon José, "De Angelis y los literatos argentinos" en *Espacios*, FFyL, (UBA) 15, diciembre 1994-marzo 1995

Mansilla Lucio V., *Entre Nos*, Hachette, Bs. As., 1957

Weimberg Félix, *Esteban Echeverría Ideólogo de la Revolución*, Edit. Losada, 2007

Weimberg Félix, *El Salón Literario de 1837*, Hachette, Bs. As., 1977